

## LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA EN LOS ESTADOS UNIDOS: UNA ENFERMEDAD Y SU CURACIÓN<sup>1</sup>

D. F. ROBERTS

Resulta descortés que un huésped critique la práctica de sus anfitriones. Sin embargo, a veces ocurre que, con su distinta perspectiva, un extranjero puede apreciar una situación más claramente que aquellos que la viven. Por ello les ruego que sean ustedes tolerantes con lo que voy a decir, y que después me señalen en qué radica el error de mi diagnóstico, si es que existe tal error.

En los Estados Unidos de Norteamérica la antropología se halla atacada de una curiosa enfermedad. Sus síntomas se manifiestan sutilmente en rasgos tales como: lentitud de los mayores avances de la disciplina realizados en los departamentos de antropología por parte de los antropólogos; escasez de antropólogos físicos establecidos que se den a sí mismos ese nombre; reducido número de jóvenes que se dedican a tal disciplina como profesores especializados; calidad relativamente limitada y carencia de visión manifiestas en algunos de los trabajos publicados por los jóvenes; e incluso ocasionando la molesta falta de autocritica, patentizada a veces por los mayores, la que se acepta seriamente por parte del público no especializado, que no la toleraría ni un solo momento en una ciencia que es a la vez más vigorosa y más rigurosa.

Esta enfermedad resulta particularmente asombrosa cuando se la contrasta con la notable expansión y con la vigorosa salud de que gozan otras ciencias de la vida, y con el creciente número de estudiantes que año tras año siguen cursos introductorios de antropología. Como resultado de ello, parece que mu-

<sup>1</sup> Trabajo leído en la reunión de la Northwest Anthropological Association, celebrada en Pullman, Washington (1964). Fue publicado, con el título de "Physical Anthropology in the U. S. A.: The Malaise and its Cure", en el *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 25, núm. 2, septiembre de 1966, pp. 165-168. Traducción de Daniel Cazés. Publicación autorizada por el autor y el editor de AJPhA.

chos de los estudiantes más prometedores son atraídos por otras especialidades para dedicarse en ellas a temas que, esencialmente, corresponden al enfoque de la antropología física. Si esta situación se prolonga, la disciplina estará moribunda. En efecto, las ciencias también mueren o desaparecen; son absorbidas por otras; pierden su respetabilidad profesional, se llenan, en el peor de los casos, de charlatanismo y, en el mejor de los casos, de diletantismo. A este respecto, nuestro campo es particularmente vulnerable. Las disciplinas no sobreviven únicamente porque posean una historia o por su contenido; sobreviven porque son parte del clima intelectual del momento, porque son suficientemente absorbentes como para atraer a individuos que dediquen su vida a ellas, y cuyo interés fertilice a su vez la disciplina. Enfrentamos una clara alternativa: podemos dejar que la enfermedad persista y que la disciplina se diluya, o investigar sus causas y rectificarlas.

Hemos de preguntarnos en primer término si la causa de la enfermedad radica en la debilidad de la disciplina misma; esta cuestión puede resolverse observando su situación en la Gran Bretaña. Ahí, la disciplina sólo puede ser calificada de vigorosa. Con un número mucho menor de universidades, especialistas y estudiantes que aquí, actualmente hay cinco centros que realizan magnífico trabajo a nivel de graduados y de pregraduados, cierto número de departamentos ofrecen instrucción sobre temas particulares, y existe una docena más de instituciones interesadas en la investigación especializada. Desde sus comienzos la disciplina estuvo en manos de trabajadores especializados en las ciencias naturales —Arthur Thomson, Arthur Keith y F. Wood-Jones fueron anatomistas; Haddon y Duckworth se prepararon como zoólogos—; y esa tradición se continuó con Le Gros Clark, Zuckerman, Mourant, Osman Hill y muchos otros. Pero tomó tiempo el que se establecieron claramente las afinidades. Con seguridad fue durante los primeros años de la posguerra cuando cristalizó la idea de que la antropología física constituye en realidad una ciencia biológica, cada vez menos ligada a las disciplinas sociales, históricas y culturales; de que el amplio estudio de la biología de la población humana, que es la antropología física, no sólo forma una unidad con las ciencias biológicas y médicas más especializadas, sino que además tiene mucho que ofrecer a éstas; de que la antropología física, como otras ciencias biológicas, evoluciona con

rapidez desde una fase descriptiva de acumulación de hechos, especulaciones e hipótesis, hacia una fase de experimentación y de prueba rigurosa de las hipótesis para establecer la teoría. Quienes trabajaban en la especialidad estaban, desde luego, plenamente conscientes de los cambios a cuya realización habían contribuido, si bien los que se dedicaban a otros campos estaban menos al corriente de los nuevos énfasis. Para dar a conocer esta afiliación de la antropología física y su nuevo potencial, se publicó un pequeño volumen de trabajos de simposio (D. F. Roberts y J. S. Weiner, 1958); se buscó un nuevo nombre más acorde con la situación, aunque hasta ahora no ha alcanzado mucho éxito —“biología de la población humana” resulta difícil de manejar, y “biología humana” no encaja muy bien, aunque este último es el mejor que se ha propuesto hasta ahora—; se fundó la Sociedad para el Estudio de la Biología Humana, que realiza reuniones regulares y provechosas, cuyas actas se publican con regularidad.

Como resultado de esta transformación, varias universidades inglesas están incorporando en la actualidad la “antropología física y la biología humana” en sus escuelas médicas de entrenamiento preclínico; así por ejemplo, la antigua cátedra de Anatomía de Sheffield es ahora cátedra de Anatomía y Biología humanas; existe una proposición para establecer una escuela de medicina completamente nueva fundamentada en la Biología humana, y se ha anunciado formalmente que la nueva universidad de Keele ha aceptado estas proposiciones para el desarrollo que ha planeado (N. Malleon, 1963). La Sección D del Programa Internacional de Biología está dedicada a la materia.<sup>2</sup> Y no queda ninguna duda de que la vitalidad actual de nuestra ciencia en la Gran Bretaña tiene sus raíces, principalmente, en esta afiliación.

Así pues, la disciplina no se ha debilitado de ninguna manera, y las causas deben buscarse en otra parte. En primer término, está la adscripción de la materia, que en los Estados Unidos se asocia generalmente con los departamentos de antropología general. Esto, como lo señala E. E. Hunt (1960), es en

<sup>2</sup> En los dos años y medio transcurridos desde que este texto fue escrito, han tenido lugar nuevos desarrollos apreciables, que han seguido el mismo rumbo: así por ejemplo, el currículum de la Escuela de Medicina de la Universidad de Newcastle sobre el Tyne ha sido revisado de manera drástica para incorporar a él una mayor cantidad de biología humana; y la cátedra de Biología Humana fue una de las primeras que se establecieron en la nueva Universidad de Surrey (Roberts).

parte un accidente histórico, pues la disciplina tuvo su origen en un desarrollo inicial en los museos y en relación con las exploraciones. En parte, radica en el papel que desempeñó Harvard en su desarrollo, cuando Hooton tuvo la responsabilidad del entrenamiento de la mayoría de quienes integran la presente generación de antropólogos físicos norteamericanos, y en donde la antropología física quedó unida a la antropología cultural a través de los intereses de F. W. Putnam, Frank Russell y W. C. Farabee. Pero la aceptación nacional de esta afiliación resulta difícil de entender cuando se recuerda la influencia de T. Wingate Todd, Raymond Pearl, A. Hrdlicka, Franz Weidenreich, W. K. Gregory, H. F. Osborn y tantos otros cuyas actividades se han realizado en las facultades de medicina y ciencias naturales, y en los institutos de investigación. Esta afiliación no es importante *per se*, pero sus implicaciones sí lo son.

En segundo lugar, la enseñanza a nivel de pregraduados tiende a hacerse en un contexto histórico, y a menudo los cursos introductorios son impartidos por no especialistas, que no han hecho ninguna contribución en este campo. Además, la materia se enseña en las aulas y no en el laboratorio. Esta introducción, a pesar de dar al estudiante un sentido de perspectiva en su estudio del hombre, no puede inspirarlo con la fascinación de los problemas que esperan ser investigados, y no puede proporcionarle una comprensión de la relación biológica que existe entre la población humana y su ámbito de vida, lo que es fundamental para los estudios de la cultura y de la sociedad. Ese interés es apagado tan pronto como se despierta, o es canalizado hacia otros departamentos debido a las limitaciones que se imponen al trabajo en niveles más avanzados. El trabajo del antropólogo físico ya no puede realizarse con las restricciones y con el diferente clima intelectual que privan en un departamento de antropología cultural, pues las materias que se requieren para ese trabajo han de hallarse en otros departamentos.

En tercer lugar, no hay ninguna universidad en el país que ofrezca, a nivel de graduados, un currículum balanceado de antropología física, aunque, desde luego, hay cierto número de excelentes ofertas limitadas: si el estudiante bien informado desea especializarse en estudios de constitución, va a Harvard; si en genética de poblaciones, a Michigan; si en comporta-

miento de los primates, a California. Esta situación fragmentaria contribuye por sí misma a que buenos estudiantes se orienten hacia otras disciplinas. Pero, lo que es más importante, tal situación significa que quienes persisten en esa materia tienen una competencia profesional muy desigual, como lo señaló S. L. Washburn (1963) tan claramente en su Comunicación Presidencial a la American Anthropological Association. Estoy convencido de que un antropólogo físico profesional *debería*, por lo menos, estar bien preparado en las ramas principales de la antropología física, aunque sus intereses de investigación estén limitados a campos particulares. En relación con esto, lo inadecuado del entrenamiento de graduados ha sido expuesto por S. M. Garn (1954), quien señaló que la preparación de graduados en antropología física es "la de un antropólogo general con cierta especialización en biología humana", y que lo que se le exige de arqueología, antropología social y culturas regionales lo hace deficiente en los métodos, las técnicas y los conocimientos biológicos esenciales para su profesión; tal cosa carecía de importancia cuando se limitaba a la osteología y a la antropometría y cuando no había ninguna teoría de la que se pudiera hablar, aunque podría especularse en torno a si la teoría habría surgido antes si tales métodos, técnicas y conocimientos se hubieran impartido con una orientación más biológica. En fecha tan tardía como 1951, Washburn, al pedir un cambio en la esencia de la disciplina, pudo decir que la antropología física seguía siendo primordialmente una técnica; pero quizá la validez de esta afirmación pudiera ponerse en duda recordando el tipo de problemas que W. E. Le Gros Clark (1939) había esquematizado señalándolos como preocupación fundamental de la disciplina.

Actualmente, sin duda la antropología física ha llegado a su mayoría de edad. Posee su propio cuerpo de hechos, su propio cuerpo de hipótesis y su propio cuerpo teórico (J. S. Weiner, 1957). El profesionista requiere de técnicas acerca de las cuales la mayoría de los antropólogos generales nunca han oído hablar, pero que otras ramas de la biología emplean diariamente. Exige estar entrenado en embriología y en crecimiento, en bioquímica y en nutrición, en anatomía y en fisiología, en genética y en primatología, en comportamiento y ecología animales; y necesita, de manera particular, pensar en términos de un método que es totalmente ajeno a la experiencia de otras ramas

de la antropología: el método experimental. Si no se proporciona todo ello al antropólogo físico, tendrá que obtenerlo durante la primera parte de su entrenamiento como graduado, aún antes de que consiga captar la forma en que lo ha de emplear en el contexto de la población, antes de que pueda apreciar sus interrelaciones, durante sus labores de graduado en antropología física; pero estos requisitos son ciertamente tan importantes que podría sostenerse que, si no todos, por lo menos en su mayoría deberían obtenerse antes de llegar al nivel de graduados.

En cuarto lugar, no existe en los Estados Unidos de Norteamérica ningún centro en que se pueda trabajar a nivel de posgraduados y al que el individuo preparado en antropología física, orgulloso de su profesión, pueda considerar como una meta a cuyo alcance pueda aspirar. No existe ningún instituto de biología de la población humana que esté consagrado por entero a nuestra disciplina y en cuyos laboratorios un graduado pueda trabajar conjuntamente con otros que compartan sus intereses y su especialización. En lugar de eso, los graduados se alejan de la disciplina y gravitan en otros departamentos, por ejemplo de medicina, de crecimiento, de genética o de ergonómica. Pocos de ellos se quedan como profesores en los departamentos de antropología general, pues se dan cuenta de que las oportunidades de hacer lo que desean las hallarán en otros lugares. De esta manera, resulta que las demás disciplinas son fertilizadas a costa de la antropología física. Las funciones de un instituto como el mencionado serían diversas. Su valor moral dirigiría por precepto a la disciplina y reuniría a los fragmentos centrifugos. Pero sus términos de referencia consistirían en el incremento y la difusión del conocimiento de la materia. Aunque se continuaría la investigación en aquellos campos que la disciplina ha hecho peculiarmente suyos, la principal función del instituto sería la de abrir puentes, los mejores puentes, para comunicar los campos de la anatomía, la fisiología, el crecimiento, la genética, la demografía, la ecología, la antropología social, la medicina social, la conducta, la epidemiología, y el resto. De esta manera, el instituto atraería a aquellos que cuentan con el entrenamiento adecuado en uno o varios de estos campos, para que trabajaran en las zonas de contacto de tales disciplinas, en las que han de hacerse tantos avances; así, con el tiempo, enfocando sus investigaciones sobre un

grupo particular de poblaciones, alcanzaría a comprender cómo funcionan biológicamente. Si ese instituto quedara afiliado a una escuela de ciencias biológicas o médicas, provocaría la atención de aquellos que fueran más capaces de pasar por alto la importancia de la cultura en el funcionamiento biológico de las poblaciones humanas, y se opondría a la limitada concepción de que "la antropología física exige ocupar un puesto por su posibilidad de interpretar la variabilidad biológica en su contexto cultural" (Hulse, 1963), concepción que ignora tanto de la contribución potencial de nuestra disciplina a la suma de conocimientos humanos. Si ese instituto permanece afiliado incluso al departamento de antropología de visión más avanzada, es muy real la posibilidad de que la contribución de la antropología física a las demás ciencias biológicas, quizá su "contribución que recibiría la mejor bienvenida" (J. N. Spuhler y F. B. Livingstone, 1963), quedara aplazada por lo limitado del contacto.

Puede ser que muchos antropólogos, en particular los de la vieja generación, tengan una concepción de la disciplina tan diferente de la mía que ya no consideren a ésta como parte de la antropología. Esto carece de importancia; lo fundamental es la disciplina y no el nombre que se le dé. Pero aquí he señalado lo que me parece, como extranjero, ser la causa de la enfermedad que sufre la antropología física en los Estados Unidos de Norteamérica. No exige grandes esfuerzos concluir de esta exposición lo que habría que hacer para dar nueva vida a nuestra ciencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- GARN, S. M.  
1954 On the education of the physical anthropologist. *Am. J. Phys. Anthrop.*, vol. 12, pp. 607-609.
- HULSE, F. S.  
1963 Objectives and methods. En: *The Teaching of Anthropology*, editado por D. G. Mandelbaum, G. W. Lasker y E. M. Albert.
- HUNT, E. E.  
1960 Ponencia entregada a la American Association of Physical Anthropologists. Citada por Lasker, G. W. 1963: *The Teaching of Physical Anthropology*. En: *The Teaching*

*of Anthropology*, editado por D. G. Mandelbaum, G. W. Lasker y E. M. Albert.

LE GROS CLARK, W. E.

- 1939 *The Scope and Limitations of Physical Anthropology*. Comunicación a la Sección H., British Association for the Advancement of Science.

MALLESON, N.

- 1963 *Reports of the Working Parties on a School of Medicine and Human Biology*.

ROBERTS, D. F. y J. S. WEINER

- 1958 *The Scope of Physical Anthropology and its Place in Academic Studies*. Wenner Gren Foundation.

SPUHLER, J. N. y F. B. LIVINGSTONE

- 1963 The relations of physical anthropology with the biological sciences. En: *The Teaching of Anthropology*, editado por D. G. Mandelbaum, G. W. Lasker y E. M. Albert.

WASHBURN, S. L.

- 1951 *The New Physical Anthropology*. *Transactions New York Academy of Sciences*, 13: 298.
- 1963 The study of race. *American Anthropologist*, vol. 65, pp. 521-531. Versión castellana en *Anales de Antropología*, vol. 1, pp. 11-27, México.

WEINER, J. S.

- 1957 *Physical Anthropology, An appraisal*. *American Scientist*, vol. 45, p. 79.